

# La Iglesia Católica

## en la Venezuela actual

La Iglesia Católica, según la definición que ella da de sí misma, no es la Conferencia Episcopal ni sólo los Obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos ("los curas y las monjas"). Es el pueblo de Dios, la comunidad de los seguidores de Jesucristo, formado por todos los que a través de la fe y el bautismo se han incorporado a él. En la Venezuela actual se impone empezar por esta formulación de lo teológicamente obvio porque la "opinión pública" se empeña en identificar Iglesia con "clero". En el lenguaje de los medios de comunicación y entre los católicos, incluido el mismo clero, se ha hecho moneda corriente esa identificación entre Iglesia y Obispos-Clero.

### Iglesia Católica, Fe y Justicia

El papel de la Iglesia Católica en cualquier momento de la historia humana se relaciona directamente con su única razón de ser: hacer llegar a todos los rincones de la humanidad la Buena Noticia de la presencia incondicional y liberadora de Dios entre nosotros. Una presencia, fruto del amor, que es activa, transformadora de la historia personal y colectiva, a través de la invitación a pasar a vivir centrados en el amor y la consiguiente expansión de los espacios de libertad, solidaridad y justicia por la fuerza de la fe que lleva a intentar hacer realidad lo que parece imposible.

La pretensión de hacer llegar la dinámica liberadora a todas las cultu-

ras, pueblos, categorías sociales, se hace posible en la medida en la que se reconoce a todo ser humano como persona, poseedora de una riqueza personal y cultural propia, con la que me relaciono fraternalmente y en la medida en la que se convierte a "los de abajo" en el lugar desde donde se percibe, se ve, se piensa y se proponen los cursos de acción, tanto de la vida personal, como de las relaciones sociales, económicas y políticas. La Iglesia Católica latinoamericana expresa esta perspectiva como la opción preferencial por los pobres y la inserción inculturada en medio del pueblo.

La Iglesia Católica se juega no sólo su credibilidad social sino el sentido de su existencia en la relación que establece con los pobres de la tierra. El reconocimiento del otro como persona y la relación fraternal con todos los pueblos y culturas es el signo eficaz del reconocimiento y la relación con el Otro absoluto, con el Dios-Amor, experimentado como Padre/Madre de los otros, sus hijos e hijas, iguales entre sí, hermanos y hermanas con los que solamente caben las relaciones de solidaridad.

La lucha por la justicia social se desprende necesariamente de la fe de la Iglesia en Jesucristo-liberador del pecado y de la muerte. La justicia social que promueve la Iglesia Católica en la historia humana no se conforma con "dar a cada uno lo suyo" sino, inspirada en el Evangelio, busca que cada ser humano cuente con las condiciones para su realización personal por la solidaridad de unos



con otros, que hace posible la producción suficiente de los bienes necesarios para la vida y los distribuye conforme a esas necesidades, propiciando una auténtica "civilización del amor". La visión extendida y "realista" de la historia humana está convencida de la imposibilidad de alcanzar esa civilización del amor por la que apuesta el pueblo de Dios, para quien nada es imposible.

#### **Del "blanco & negro" al choque de trenes**

La actual situación venezolana se mueve en "blanco y negro" (véase *Transformación y legitimidad*, SIC nº 642, Marzo 2002) y se dirige a una confrontación entre posiciones que se perciben cada vez más como irreconciliables, al punto de no aceptar ninguna "salida" distinta a la desaparición del contrario. Se multiplican, entonces, los frentes de conflicto en los que se manifiesta la polarización de posiciones: el gremial y el sindical, en alianza con una parte del

empresariado, empeñado en llevar la confrontación hasta una huelga general con el objetivo de "expulsar" al gobierno. Se alimenta la pugna internacional con Colombia, los EE.UU. y otros países latinoamericanos. Se agita el frente militar mediante la creación de tensiones entre la institucionalidad, la disidencia y la obsecuencia al gobierno.

La pugna entre las distintas corrientes del *chavismo* ha reducido el espacio interno al modo democrático de relacionarse entre ellos y con la sociedad. Aquella corriente interna que está convencida de que la transformación real del país sólo es posible mediante el control total del poder político por el "partido único de la revolución" propicia el endurecimiento del ejecutivo, al mismo tiempo que lucha por no perder el "control de la calle". Aparece así lo que podríamos llamar el *chavismo provocador*, empeñado en demostrar constantemente su fuerza, su capacidad de convocatoria en todos los terrenos, su capacidad de llenar la calle en una actitud

**El papel de la Iglesia Católica, desde su compromiso por la justicia del evangelio que brota de la fe, es ser fuente de luz que ilumine los ojos de esta sociedad enceguecida por la excesiva polarización incapaz de ver más alternativas que la confrontación.**

de "ojo por ojo y diente por diente" que revela síntomas de la grave enfermedad infantil del radicalismo revolucionario que lleva a sustituir la política por formas y grados diversos de violencia. De este modo, el *chavismo* se siente "fuerza de gobierno" y propietario exclusivo de la transformación política del país, impulsa una acción política inflexible con tendencia a la intolerancia por parte de todos los poderes públicos, cuyo control total pretende ejercer y llevando a su inoperancia como tales. Así lo demuestra una Asamblea Nacional distraída en la retórica política intrascendente en lugar de concentrada en su función legislativa necesaria para completar la tarea constituyente y facilitar el funcionamiento del Estado y el Gobierno.

Por otra parte, la llamada *oposición* tiene como único punto en común la exigencia de despojar a Hugo Chávez de la Presidencia de la República y la implantación de un llamado "gobierno de transición". Una oposición variopinta hasta ahora incapaz de proponer una alternativa política que se engaña a sí misma y al resto de la sociedad cuando propone una "salida institucional" del Presidente, imposible en el marco de la Constitución vigente y la actual correlación de fuerzas políticas y "transición" que no puede tener más figura que una dictadura militar o cívico-militar sin límite de tiempo. La actitud de la oposición es igualmente inflexible y con tendencia a la intolerancia, al punto que convierte una propuesta de diálogo incluyente como pretendió ser el texto de las *Bases para un acuerdo nacional*, en un pacto del que se excluye de plano al actual gobierno, especialmente a su Presidente. Convierte la tensión que se produce por el cambio de directiva en PDVSA en el acelerador a una huelga general para derrocar al gobierno.

Con dos trenes en marcha, subiendo de velocidad, por la misma vía llena de túneles, en dirección contraria, lo único que se puede tratar de calcular es la magnitud de las consecuencias del choque o intentar evitarlo. Lo que caracteriza el momento actual es la decisión de sus conductores de aumentar la velocidad de los trenes. El principio de acción-reacción es el único que se aplica. Toda propuesta

de diálogo, negociación, rectificación es calificada, por ambos polos, de cándida, ingenua, fuera de la realidad, ..., o sea, imposible.

**La luz hace ver los colores,  
lo imposible como posible  
y lo ingenuo como real**

*El ojo suministra luz a todo el cuerpo: por tanto, si tus miras son generosas, todo cuerpo será luminoso; pero si tus miras son tacañas, todo tu cuerpo será tenebroso. Y si tu fuente de luz está a oscuras, ¡qué terrible oscuridad!* (Evangelio según Mateo, 6, 22-23).

El papel de la Iglesia Católica, desde su compromiso por la justicia del evangelio que brota de la fe, es ser fuente de luz que ilumine los ojos de esta sociedad engeguada por la excesiva polarización incapaz de ver más alternativas que la confrontación. Para realizar ese papel cuenta con la luz del mensaje del Evangelio, su propia composición plural y su experiencia en la superación de situaciones críticas.

La propia experiencia de la Iglesia Católica en la promoción y participación de organizaciones populares le lleva entonces a propiciar en este momento de la sociedad venezolana, la expresión de la mayoría no polarizada de la población, manteniendo una actitud imparcial, es decir, que no se hace vocera de ninguna de las partes y genera espacios de diálogo en los que sea posible la negociación de los intereses particulares en favor de la reconstrucción de lo público.

La Iglesia Católica está comprometida en la politización de la sociedad venezolana, es decir, en la recuperación y consolidación de la esfera pública como dimensión de la vida social que propicia las relaciones de solidaridad. Concibe la esfera pública como el ámbito de la participación ciudadana en la toma de las decisiones colectivas. La democracia es el régimen político que hace posible el ejercicio controlado del poder y la participación ciudadana. En esta coyuntura venezolana se trata de convertir la Constitución de 1999, aceptada por la mayoría, en la visión del futuro a mediano y largo plazo, de manera que se puedan formular y poner en práctica las políticas públi-

cas a través de las cuales todos los ciudadanos orienten sus acciones en esa dirección. Sin una visión compartida del futuro construida democráticamente, no es posible una Venezuela democrática en el futuro.

La formación de ciudadanos es una de las tareas en las que el compromiso activo de la Iglesia puede contribuir, tanto a la construcción de la visión compartida de futuro, como a su realización desde el presente. Se contribuye a través de la significativa acción educadora de la Iglesia, tanto en programas educativos formales e informales, como en el acompañamiento de las organizaciones populares. También a través del rescate y conservación de la memoria histórica del pueblo venezolano como ingrediente explicativo del presente y motivador de la acción hacia el futuro deseado. La administración eficiente y transparente de recursos públicos, por parte de organizaciones democráticamente autogestionadas que lleven a la práctica la política social necesaria para avanzar en solidaridad y justicia social, es otra forma de contribución al proceso democratizador como compromiso de la Iglesia. Alentar vocaciones políticas de personas que conciban su participación en la vida pública como servicio a la sociedad y sean capaces de formular programas viables de gobierno, organizaciones realmente vinculadas con todos los sectores sociales, y equipos calificados para ejercer las funciones públicas en las instituciones del Estado y ejercer el gobierno local, regional y nacional, es una de las urgencias del momento.

Para estar a la altura de los tiempos es indispensable que toda la Iglesia Católica tome conciencia de la responsabilidad que tiene en esta hora del país.

**ARTURO SOSA, S.J**

POLITÓLOGO. PROVINCIAL DE LA COMPAÑÍA DE  
JESÚS EN VENEZUELA